

Y hacia la mitad del siglo hay una evolución además en la terminología: “teología mística” indica en primer lugar la experiencia mística, la “ciencia de los santos”, después pasa a significar la reflexión y la sistematización de la experiencia mística, en el sentido alcanzado hasta nuestros días. “Humanismo” es otra expresión que caracteriza un fenómeno registrado en la primera mitad del siglo XVII. ¿Cuál es el sentido de la expresión? Dios es principio y fin de la creación y el hombre es la obra maestra de Dios. El hombre puede advertir la presencia de Dios en el mundo y referir la criatura al creador, a pesar del pecado y con la gracia. Se recupera así el teocentrismo, evitando el peligro de la excesiva admiración por la creación.

La presencia en el mundo junto con el deseo de contemplación son patentes expresiones de formas de vida religiosa, de las órdenes y congregaciones en pleno desarrollo: los Capuchinos, el Carmelo, la Visitación; los grandes del mundo protegen conventos e instituciones particulares. La cartuja y la trapa conservan su hechizo: el pensamiento de hacerse cartujos lo han tenido Bérulle, de Condren, Olier. A Bossuet le gustaba retirarse a la trapa. Quien no entra en una institución puede conseguir de ella el espíritu y organizarse por sí mismo; la vida eremítica tiene también sus partidarios en el mundo. En el conjunto hay un cierto eclecticismo entre los autores franceses, oscilando de norte a sur, de los místicos tedescos-flamencos al carmelo español y a los espirituales italianos, mas toda experiencia es en sí original y los diversos autores en que se inspira, son considerados como formando parte de la única tradición mística.

A la luz de todo esto, se puede comprender mejor el Amor de la Sabiduría eterna. Montfort se introduce como autor espiritual, a menudo con acentos y pasajes de carácter místico; entre otros, cita a Suso, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Magdalena de Pacis. El comentario al libro de la Sabiduría se convierte en fuente para trazar un completo camino espiritual.

10. Historia del texto

Como se ha señalado, no estamos más que en los comienzos del estudio del Amor de la Sabiduría eterna. Algunos problemas son más bien exteriores al texto, pero podrían comportar consecuencias para los mismos contenidos y para la interpretación de la obra. Más que de un escrito determinado, pronto para la imprenta, se tiene la impresión de un material todavía no ordenado de forma definitiva; en varias ocasiones se observan divisiones en la obra (nn. 7, 12, 14), Y no siempre, la materia está distribuida de modo proporcionado.

El manuscrito llegado a nosotros era hasta ayer considerado como auténtico, esto es redactado por la misma mano de Montfort, mientras que análisis grafológicos más recientes lo han excluido. Eso no perjudica la autenticidad de la obra, ya que muchos pasajes paralelos pueden estar relacionados con otras obras regularmente montfortianas, la primera entre todas el Tratado de la Verdadera devoción a María, llegado a nosotros en la versión escrita por el mismo Montfort. Quedan, sin embargo, abiertas otras cuestiones. El cuaderno del manus-

crito está redactado de modo regular y uniforme, completo en títulos y subdivisiones como si fuese una obra bien terminada, mientras que no lo es si se presta atención a la exposición de los contenidos. Aquí se puede preguntar en qué medida haya intervenido el copista en “poner orden” y quizá en trasladar algún texto en otro sitio. La duda viene por ejemplo, a propósito de la fórmula de la consagración, transcrita al final de la obra; es un texto no del todo integrado, que en sí mismo, es una composición que mucho se resiente de las fórmulas semejantes, difundidas en el 1600 en los ambientes devocionales.

La primera impresión del manuscrito es del 1856. Estaba en curso el censo o catastro de los escritos de Grignon de Montfort en el contexto del proceso de beatificación. En 1842 había sido hallado, por casualidad, el Tratado de la Verdadera devoción a María, publicado el año siguiente. En la estela de notoriedad ganada por Montfort a causa de esta obra, aparece en París (Gaume Freres) la primera edición del Amor de la Sabiduría eterna. Para tener una segunda edición hay que esperar al año 1896 (Oudin - París Poitiers). El título, el mismo y casi idéntico el Prefacio del Editor. Como en la primera edición, al final del pequeño volumen viene reportado el Cántico de Montfort: ¡Oh Sabiduría venid! La tercera edición en 1919; los contenidos son los mismos, cambia todavía el editor: Mame, Tours. En el entretiem po vuelven a ser tomados y difundidos textos escogidos, insertos en publicaciones con carácter devocional.

Es la cuarta edición, de 1929, presentada como “Edición Tipo”, que introduce diversas novedades. “La Librería Mariana”, de Pontchateau, vuelve al título exacto del manuscrito: El Amor de la Sabiduría eterna. Una amplia introducción, del montfortiano Henri Huré, valora finalmente esta obra y la presenta en el contexto de la espiritualidad sapiencial que ha atravesado los siglos, desde San Pablo, a los Padres de la Iglesia, al Medievo, a los místicos y hasta la escuela francesa de Bérulle, Eudes y Olier. La edición está enriquecida con un “Pequeño Manual” del discípulo de la Sabiduría, de oraciones y ejercicios diversos, comprendido el “Oficio de la Sabiduría eterna” y diversos Cánticos. Un salto de calidad ha sido realizado en la comprensión de este escrito montfortiano; no obstante su autor continúa siendo conocido como el gran devoto de María y se leen casi únicamente el Tratado y el Secreto de María.

En cuanto se refiere a Italia, es sólo después de la edición francesa del 1929 que se piensa finalmente en la primera traducción en italiano. Es el padre Calixto Bonicelli, montfortiano, que publica en 1937 su versión italiana. Algunos años después, en preparación a la canonización de Montfort, son las Hijas de la Sabiduría quienes se cuidan de una nueva edición (Roma 1943) utilizando la misma versión de Bonicelli. Es todavía esta traducción que las recién nacidas Ediciones Montfortianas utilizan en 1944 para una nueva publicación. En 1956 se tiene la cuarta edición italiana. En la versión de Bonicelli se añaden las notas de P. Henri Huré, de la edición francesa de 1929. Diez años más tarde, en 1966 se tiene la quinta edición, esta vez con nueva traducción y notas de Eugenio Falsina. Pasan otros diez años. En el intervalo aparecen